

Narrativas rotas: las expectativas de futuro de los jóvenes de barrios populares

Daniel Hernández* y Rodrigo Zarazaga S.J.**

Resumen

Este artículo examina en qué medida la narrativa de la movilidad social ascendente –históricamente constitutiva del imaginario social argentino– sigue vigente entre los jóvenes de barrios populares del Área Metropolitana de Buenos Aires. Mediante una encuesta a 600 jóvenes y 47 entrevistas en profundidad realizadas en cinco barrios populares, identificamos tres tipos de narrativas de futuro: la tradicional, sostenida por el 40% de los entrevistados que aún aspira a integrarse socialmente mediante el estudio y el trabajo; la minimalista (20%), centrada en la mera subsistencia; y la presentista (40%), en la que las expectativas de futuro prácticamente desaparecen. Estas narrativas se asientan sobre la acumulación diferencial de recursos en tres ámbitos: la familia, la escuela y los espacios de sociabilización. A medida que estos recursos disminuyen, el horizonte temporal y el territorio vital se contraen, hasta reducirse, en los casos extremos, a un presente continuo anclado en la esquina del barrio. La erosión de la narrativa tradicional no compromete únicamente el futuro de estos jóvenes, sino también los modos en que la sociedad se constituye como tal.

Palabras clave: movilidad social; narrativas de futuro; juventud; barrios populares; desigualdad; Argentina

Broken Narratives: The Future Expectations of Young People in Working-Class Neighbourhoods

Abstract

This article examines to what extent the narrative of upward social mobility –historically constitutive of the Argentine social imaginary– remains alive among young people from slums in the Buenos Aires Metropolitan Area. Drawing on a survey of 600 young people and 47 in-depth interviews conducted in five slums, we identify three types of future narratives: the traditional narrative, held by 40% of respondents, who aspire to social integration through education and work; the minimalist narrative (20%), oriented toward bare subsistence; and the presentist narrative (40%), in which future expectations practically dissolve. These narratives rest on the differential accumulation of resources across three domains: family, school, and spaces of socialization. As these resources diminish, the temporal horizon and vital territory contract until they are anchored, in extreme cases, in a continuous present circumscribed to the street corner of the neighborhood. The erosion of the traditional narrative does not only compromise the future of these young people, but also the ways in which society constitutes itself as such.

Keywords: Social Mobility; Future narratives; Youth; Low-income Neighborhoods; Urban Poverty; Inequality; Argentina

* Investigador principal del Instituto Universitario (Centro de Investigación y Acción Social –CIAS–). Contacto: daniel.hernandez@cias.org.ar.

** Investigador principal del Instituto Universitario (Centro de Investigación y Acción Social). Contacto: rodrigo.zarazaga@cias.org.ar.

El trabajo de campo fue realizado por el equipo de investigación del CIAS y recibió financiamiento de Fundar. Los autores agradecen los comentarios de las siguientes personas que permitieron mejorar sustancialmente el manuscrito: María Victoria Anauati, Carlos Acuña, Manuel Cao, Micaela Díaz Rosaenz, Gonzalo Elizondo, Silvina Merenson, Santiago Poy, Pablo Semán, Mariano Tommasi y Felipe Vismara.

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons 4.0 Internacional.
(Atribución-No Comercial-Compartir Igual)
<https://doi.org/10.59339/pjfq8c66>
Fecha de recepción: 10 de julio de 2025
Fecha de aprobación: 3 de enero de 2026



Introducción

La pregunta fundamental que guía este artículo es hasta qué punto los jóvenes de los barrios populares del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) mantienen la narrativa de la movilidad social ascendente a través del estudio y el trabajo, que históricamente caracterizó al perfil sociológico de la Argentina. Desde comienzos del siglo XX, esta narrativa –anclada en la expansión educativa y la integración laboral– alimentó lo que Juan Carlos Torre (1995, 2024, 2025) denomina “impulso igualitario”: la convicción de que cada argentino tenía un mejor lugar posible y un derecho a ocuparlo. Sin embargo, las transformaciones económicas y sociales de las últimas décadas sugieren que ese horizonte de expectativas podría haberse erosionado para amplios sectores sociales. Este trabajo propone explorar esa erosión a través del análisis de las narrativas de futuro que los jóvenes de los barrios populares construyen a partir de las experiencias y recursos acumulados. Nuestra hipótesis es que a la mayoría de estos jóvenes no solo les faltan oportunidades para integrarse a la sociedad a través del estudio y el trabajo, sino que también carecen de ámbitos en los cuales puedan acumular los recursos necesarios para sostener esa narrativa.

El universo de estudio se compone de jóvenes residentes en barrios populares del AMBA. Se trata de un sector demográficamente significativo: un tercio de los jóvenes del país vive en el AMBA y alrededor del 40% de los jóvenes del Conurbano Bonaerense reside en barrios populares o zonas vulnerables (Bonfiglio *et al.*, 2016).¹ Lejos de constituir un grupo marginal, representan una porción sustantiva de la juventud argentina cuyas oportunidades y trayectorias futuras resultan centrales para comprender las dinámicas sociales contemporáneas.

Metodológicamente, el estudio articula una encuesta de seiscientos casos con cuarenta y siete entrevistas en profundidad a jóvenes de entre dieciséis y veinticuatro años residentes en barrios populares del AMBA. Dadas las dificultades para encuestar y entrevistar en barrios populares (Murillo *et al.*, 2021), se seleccionaron puntos nodales en cinco barrios: uno en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y cuatro en las zonas sur, oeste y norte del Conurbano Bonaerense.² La estrategia mixta permite no solo identificar patrones generales, sino también comprender los matices que emergen de las historias personales y los modos diferenciados en que los jóvenes procesan las desigualdades y sus perspectivas de futuro. Por un lado, la encuesta nos permite conocer la acumulación de recursos de los jóvenes en general en tres ámbitos seleccionados: familia, escuela y espacios de sociabilización.

1 Según el Registro Nacional de Barrios Populares (RENABAP, 2023), los barrios populares se definen como villas, asentamientos y urbanizaciones informales, originados por estrategias de ocupación del suelo, con grados variables de precariedad, hacinamiento y tenencia irregular del suelo.

2 El trabajo de campo fue realizado entre los meses de junio y septiembre de 2024 en cinco barrios populares del AMBA: Villa 15 en CABA, Ejército de Los Andes (EDLA) – conocido como “Fuerte Apache” – en Tres de Febrero, San Ambrosio y Mitre en San Miguel y Kilómetro 13 en Quilmes. Las entrevistas fueron realizadas a varones y mujeres de entre dieciséis y veinticuatro años, residentes de estos barrios, con cuotas por género, edad y lugar de residencia. Los nombres de los entrevistados fueron modificados para resguardar su identidad.

Por otro lado, la estrategia cualitativa nos permite reconstruir los procesos particulares mediante los cuales los jóvenes enlazan –o no logran enlazar– sus trayectorias con sus expectativas.

Definimos "narrativa" como el relato que, a partir de los elementos disponibles en la sociedad, los jóvenes construyen para dar sentido a sus experiencias previas y proyectar lo que esperan o consideran posible para su futuro. En definitiva, estas narrativas expresan cómo los jóvenes planean integrarse a la sociedad o, como ellos mismos lo formulan, creen que pueden "ser alguien". El presente trabajo muestra que la narrativa de movilidad social a través del estudio y el trabajo, que denominamos tradicional, conserva vigencia solo para una minoría de los jóvenes de los barrios populares.

La evidencia recogida muestra que los jóvenes del AMBA utilizan tres tipos de narrativas: la tradicional, sostenida por quienes aún aspiran a "ser alguien" a través del estudio y el trabajo; la minimalista, en la que el horizonte se reduce a la mera subsistencia; y la presentista, en la que las expectativas de futuro prácticamente desaparecen y se vive en un presente continuo. Estas narrativas no emergen en el vacío: se asientan – y se limitan– en las oportunidades y los recursos acumulados por los jóvenes en distintos ámbitos. La capacidad de proyectar el porvenir depende no solo de las oportunidades disponibles, sino también de alcanzar un umbral mínimo de recursos para aprovecharlas (Bourdieu, 1997).

Analizamos las trayectorias de acumulación de recursos de los jóvenes en tres ámbitos centrales. En primer lugar, la familia, espacio primordial de cuidado, protección y socialización afectiva. Las diferencias en las experiencias de cuidado modelan de manera decisiva las posibilidades de sostener expectativas de futuro. En segundo lugar, la escuela, tradicionalmente concebida como institución igualadora en la Argentina, pero que aparece en los relatos de los jóvenes como un espacio desbordado y, a menudo, incapaz de garantizar procesos de aprendizaje significativos. La calidad de la experiencia escolar condiciona fuertemente la capacidad de visualizar la educación como vía de ascenso social. Finalmente, analizamos los espacios de sociabilización –estructurados y no estructurados, legales e ilegales– que organizan la vida social cotidiana de los jóvenes en sus barrios.

El análisis conjunto de estos tres ámbitos permite identificar cómo la acumulación diferenciada de recursos abre o clausura expectativas de futuro. Un sector minoritario, el que más recursos acumula en su crianza, logra sostener la narrativa tradicional, aunque no sin gran incertidumbre; otro sector reduce sus aspiraciones al mínimo; y un grupo significativo vive atrapado en el presente, sin recursos para proyectar siquiera un futuro modesto. En última instancia, lo que está en juego es la capacidad de estos jóvenes –y de la sociedad argentina en su conjunto– de reconstruir horizontes de movilidad, integración y reconocimiento en un contexto donde las promesas que estructuraron la experiencia social del siglo XX ya no resultan evidentes.

El artículo tiene la siguiente estructura: una discusión teórica sigue a esta introducción, luego, las siguientes secciones presentan cada una de las narrativas con sus correspondientes bases materiales. A continuación, se presenta

una comparación analítica de las tres narrativas. Finalmente, el trabajo cierra con unas reflexiones conclusivas.

Discusión teórica

Un impulso igualitario recorre como “música de fondo” el perfil sociológico de la Argentina, según Juan Carlos Torre (2024, 2025). El convencimiento de que hay un futuro mejor disponible se desarrolló, de acuerdo con estos investigadores, a partir de la intensa movilidad ascendente de principios del siglo pasado y de la irrupción de las masas en la vida social con el primer peronismo (Germani, 1965, 1970). El impulso igualitario cobró vida en prácticas sociales como el uso del guardapolvo blanco o el hecho de que los obreros pudieran hacer de Mar del Plata también su balneario (Pastoriza y Torre, 2019).

La narrativa de la movilidad social, por la cual los padres creen que sus hijos alcanzarán, gracias al estudio y el trabajo, niveles socioeconómicos superiores a los propios, ha organizado la vida social y política de la Argentina. Las aspiraciones, aparentemente sin techo, se correspondían con una sociedad que se mostraba capaz de satisfacerlas. La pregunta que aquí se plantea es hasta qué punto esa narrativa sigue vigente, en qué medida los jóvenes de barrios populares perciben hoy esa “música de fondo”. Nuestra hipótesis es que las cadenas de transmisión de esa narrativa se rompieron.

Esta hipótesis asume como punto de partida un hallazgo consolidado en la literatura reciente: el amplio proceso de movilidad social, del que Germani daba cuenta en sus estudios de los años sesenta, se detuvo a mediados de los setenta (Dalle, 2016, 2020). Los mecanismos que la sostenían, sobre todo la educación y el trabajo, dejaron de operar como canales efectivos de ascenso social (Salvia, 2008; Sautú et al., 2020). Estos fenómenos afectaron no solo las condiciones de vida de los jóvenes sino también sus expectativas de futuro (Auyero, 1992, 1993).

La hipótesis que aquí discutimos asume los resultados de estos estudios como punto de partida, pero pone su foco en la vigencia de la narrativa que ha definido históricamente la organización social y política del país. Nuestra pregunta central no es, entonces, si existe movilidad social efectiva, sino si la narrativa que la promete continúa estructurando las expectativas y estrategias de vida de los jóvenes de los sectores populares. Como sostienen Torre (2025) y Devoto (2003) las creencias sociales no son un simple reflejo de las estructuras, sino que tienen un poder organizador propio y moldean también su evolución. Las narrativas no son solo ejercicios simbólicos, sino que a través de ellas nos convertimos en quienes somos (Somers, 1994; Ortner, 1991). Funcionan como mapas de navegación trazados a partir de nuestras experiencias pasadas que nos permiten explorar las posibilidades de porvenir (Appadurai, 2013).

Distinguimos entre narrativas sociales y personales. Las primeras son relatos colectivos –como el de la movilidad social– que las comunidades construyen para dotarse de identidad y hacer posible su convivencia (Anderson 1993), las segundas son historias a través de las cuales los indi-

viduos buscan dar sentido a sus vidas y a sus acciones (Bruner, 1987). Una narrativa social se erosiona cuando pierde su capacidad de estructurar las narrativas personales, es decir, cuando deja de ser utilizada por los individuos para dar sentido a sus vidas. Los relatos de los jóvenes de barrios populares son, en este sentido, un observatorio privilegiado para examinar la vigencia efectiva de la narrativa de la movilidad social ascendente. En nuestro trabajo mostramos que esta narrativa solo sigue vigente para una minoría de los jóvenes en barrios populares.

Esta erosión de la narrativa tradicional no responde únicamente a la falta de oportunidades, como la escasez de empleos formales, bajos ingresos, o el costo de la vivienda, sino también a la dificultad para acumular los distintos tipos de recursos necesarios para proyectar un futuro (Krause, 2020). En línea con Bourdieu (1987), por debajo de cierto umbral de recursos objetivos, la posibilidad misma de imaginar y articular un proyecto se vuelve difícil, cuando no imposible.

Para analizar los procesos de acumulación de recursos –que constituyen las bases materiales de las narrativas– nos enfocamos en tres ámbitos: la familia, la escuela y los espacios de sociabilización que los jóvenes frecuentan. La familia emerge como el factor más determinante en las trayectorias de vida de los jóvenes y en sus posibilidades de proyectarse a futuro (Hernández y Anauati, 2024). Constituye el ámbito primordial del cuidado durante la niñez y la juventud, y, por lo tanto, el espacio en el que se adquieren los recursos fundamentales para proyectar su futuro (Esping-Andersen, 2000; Espejo *et al.*, 2010). Las experiencias familiares pueden interpretarse en función del grado de cuidado y acompañamiento que percibieron estos jóvenes en sus hogares. Si bien la percepción de la experiencia familiar es subjetiva y difícil de categorizar y comparar, las marcadas variaciones en el grado de cuidado percibido permiten distinguir dos grandes grupos: por un lado, quienes relatan haber recibido el cuidado de al menos un adulto; por otro, quienes señalan haber atravesado infancias con cuidados nulos o casi inexistentes.

La escuela aparece también como un ámbito público fundamental en la vida de las familias; ordena la vida cotidiana e incide de manera determinante en el futuro de los jóvenes. Históricamente, la escuela pública ha sido en la Argentina una institución clave para facilitar la movilidad social y constituye la piedra angular de la narrativa tradicional. Sin embargo, las entrevistas muestran que las experiencias escolares de la mayoría de los jóvenes distan de funcionar como una instancia igualadora. Por el contrario, la escuela aparece hoy como una usina de mundos sociales divergentes. Los relatos reunidos muestran que ella ya no brinda los recursos necesarios para sostener la narrativa tradicional de movilidad social (Tuñón, 2008).

Los vínculos que los jóvenes desarrollan y los espacios que frecuentan también inciden de manera significativa en sus narrativas de futuro (Paredes *et al.*, 2020; Salvia y De Grande, 2008). Los barrios populares constituyen áreas de vulnerabilidad segregada: concentran población de bajos recursos en territorios periféricos, caracterizados por la deficiente pro-

visión de bienes y servicios públicos, en especial por la falta de vías de acceso en buen estado y de un sistema de transporte eficiente (Zarazaga, 2025).

La segregación territorial que afecta a estos barrios reduce las oportunidades de los jóvenes para construir vínculos por fuera de estos y participar en espacios que promuevan su integración social (Mathias, 2022; Boniolo, 2020). Estas condiciones favorecen dinámicas de aislamiento. Muchos jóvenes trabajan dentro del mismo barrio, e incluso dentro de sus propios hogares. La estigmatización del lugar de residencia por parte de empleadores y fuerzas de seguridad refuerza aún más este aislamiento (Wacquant *et al.*, 2014; Cravino, 2016). El barrio se convierte así, para la mayoría de estos jóvenes, en su principal –y en muchos casos único– escenario de sociabilización (Merklen, 2010).

Dentro de los espacios de sociabilización, distinguimos entre ámbitos “estructurados”, donde la interacción social está regulada por adultos responsables en el marco de una organización, y ámbitos “no estructurados”, en los que las reglas de interacción son establecidas por los propios jóvenes. A su vez, distinguimos entre ámbitos legales –como organizaciones comunitarias, clubes deportivos, iglesias u organismos públicos– e ilegales, vinculados al narcotráfico u otras actividades delictivas. Para los habitantes de barrios segregados, los ámbitos estructurados legales constituyen espacios fundamentales de sociabilización y contención. En particular, las instituciones que permiten la práctica deportiva se presentan como alternativas al consumo problemático (Jaitman y Scartascini, 2017). Sin embargo, estas son pocas y, en general, disponen de recursos insuficientes para atender a la población que las demanda. La escasez de ámbitos que ofrezcan oportunidades de vinculación y desarrollo por fuera del narcoconsumo configura un obstáculo crítico para el desarrollo de estos jóvenes (Auyero y Sobering, 2021).

La narrativa tradicional

Encontramos que diecinueve de los cuarenta y siete jóvenes entrevistados (40 %) mantienen una narrativa en la que “ser alguien” es una meta que se alcanza a través del estudio y el trabajo. Estos son los jóvenes que acumularon mayores recursos, aunque esto no significa que no enfrenten grandes dificultades para sostener sus expectativas. Sus relatos evidencian las dificultades familiares, escolares y sociales que atraviesan, así como las pocas oportunidades que tienen para concretar sus proyectos.

Estos jóvenes sostienen sus proyectos en condiciones difíciles, como auténticos “luchadores”. Solo dos estudian carreras profesionales –abogacía y contaduría– que podrían encuadrarse dentro del sueño argentino de movilidad social a través del estudio, expresado en la frase “mi hijo el doctor”. Lucrecia (dieciocho años) de Fuerte Apache, por ejemplo, está cursando el CBC porque se imagina “trabajando de contadora en una empresa (...) empezando de abajo para poder llegar a tener una casa chiquita pero propia”.³

Sin embargo, también expresa: "siento mucha ansiedad porque mi escuela no me preparó para ir a la universidad".

Siete de estos jóvenes proyectan su inserción laboral a través de instituciones que garantizan un trabajo estable: cuatro quieren ser docentes y tres aspiran a ingresar en alguna de las fuerzas de seguridad. Ser maestro o ser policía aparecen en su horizonte como algunas de las pocas maneras de "ser alguien" con los recursos de los que disponen. Gianluca (veintidós años), de Fuerte Apache, expresa con claridad las dificultades que enfrenta para "ser alguien en la vida".⁴ Su familia lo ayudó a "evitar las malas juntas porque me enseñaron que no va por ahí". Terminó el secundario, pero expresa, no sin angustia: "[s]i estudié, no soy un vago, ¿por qué estoy limpiando baños?". Piensa en "salir adelante" al ingresar a la policía.

Tres jóvenes mujeres narran su futuro como emprendedoras en los rubros del diseño de indumentaria o la edición de video. Si bien lograron terminar sus estudios secundarios, las tres describen el desafío como "muy estresante". Para otros dos jóvenes, sus narrativas de futuro se limitan a conseguir un trabajo estable. Estas narrativas se acercan a los proyectos minimalistas, centrados en asegurar la subsistencia diaria. También encontramos un subgrupo de cinco jóvenes que aspiran a convertirse en "estrellas": tres como futbolistas y dos como músicos. Sin embargo, conscientes de las escasas probabilidades de concretar ese sueño, esperan al menos conseguir un trabajo digno si su camino hacia la fama se frustra. La dificultad para sostener la narrativa tradicional con los recursos disponibles se refleja en que estos jóvenes consideran tan difícil obtener un título universitario y un trabajo de calidad como convertirse en estrellas. Ambos caminos les parecen igualmente improbables.

Bases de la narrativa tradicional

Entre quienes mantienen la narrativa tradicional, el 84% manifiesta haber recibido un cuidado adecuado en sus hogares, sobre todo de sus madres. Los jóvenes que narran experiencias familiares positivas destacan la figura de sus madres y, en ocasiones, la de sus padres o abuelas, como actores heroicos en sus vidas. Este reconocimiento se expresa en frases como: "mi héroe es mi mamá",⁵ "mi mamá es una guerrera, se banca todo sola"⁶ o "mi modelo en la vida es mi mamá".⁷ Son conscientes de que quienes los cuidan llevan a cabo esfuerzos extraordinarios en pos de generar ingresos para el hogar sin dejar de dedicarles tiempo y atención. En el relato de los jóvenes la preocupación central de sus madres es protegerlos de los riesgos que consideran inherentes a la vida en sus barrios.

El entorno de desarrollo es tan desafiante que muchas de estas familias optan por mantener a sus hijos —y en especial a sus hijas— en lo que parecen verdaderas "cápsulas hogareñas". Un caso representativo es el de una

4 Comunicación Personal N° 37, EDLA, 22/8/2024.

5 Comunicación Personal N° 34, Villa 15, 20/8/2024.

6 Comunicación Personal N° 11, San Ambrosio, 3/7/2024.

7 Comunicación Personal N° 46, Villa 15, 20/8/2024.

madre que construyó una habitación para su hijo adolescente, la pintó como él deseaba y la equipó con una computadora con pantalla grande para que pudiera jugar en línea y así “no saliera de la casa”.⁸ Camila (veintiún años) de Villa 15, cuenta que de chica no la dejaban salir por la inseguridad y ahora viven encerradas con su madre y su hija “porque en su cuadra hay tres casas de *transas*”.⁹

Así como este grupo concentra las mejores experiencias de cuidado, también reporta las mejores trayectorias escolares. El 58 % se encuentra cursando o ha terminado el secundario y más de la mitad considera tener o haber tenido una buena experiencia escolar. Si bien estos jóvenes, en promedio, completan más años de estudio y tienen mayor nivel de satisfacción con su experiencia escolar que los jóvenes de las restantes narrativas, no dejan de manifestar severos problemas en sus procesos de aprendizaje. Es significativo que más del 40% de los jóvenes en este grupo no haya terminado el secundario.

Los jóvenes en este grupo distinguen en sus relatos entre las escuelas en las que se puede estudiar porque tienen un cierto orden y programa –en general colegios privados o escuelas públicas técnicas– de las escuelas en las que resulta difícil aprender por la ausencia de docentes y las situaciones de violencia– en general las escuelas públicas correspondientes a sus barrios–. La experiencia igualadora del delantal blanco, a la que refiere Juan Carlos Torre (2025) parece haberse esfumado. Por ejemplo, Ramiro (veinte años), de Kilómetro 13, explica: “[c]uando me cambié de la técnica era otro ambiente. En la técnica, hay personas que se toman mucho más en serio el colegio, y que les gusta aprender. Van con otra cabeza y capaz que no se pierden tanto como me perdí yo. En cambio, bueno, la escuela a la que me cambié está cerca de lugares de mucha violencia, hay mucha droga (...) todas esas cosas, ¿no?”¹⁰ La mayoría de los jóvenes que buscan completar sus estudios para acceder a un trabajo formal describen ambientes poco propicios para el aprendizaje.

Aun cuando estos jóvenes tienen una mejor experiencia escolar que los jóvenes en los otros dos grupos, casi la mitad tiene la percepción de que la escuela es un lugar “vacío” y/o “violento”. Los jóvenes relatan que, con frecuencia, las clases se suspenden. La mitad de estos jóvenes señaló como un problema el ausentismo docente. A esto se suman los paros, las jornadas educativas y los problemas de infraestructura, como la falta de agua o electricidad, que ocasionan interrupciones frecuentes.

Delfina (diecinueve años), de San Ambrosio, logró terminar la escuela, pero reconoce las dificultades en su proceso de aprendizaje: “[e]n el último tiempo, a veces teníamos solo dos horas de clases cuando deberíamos haber tenido cinco (...) O entrábamos más tarde o nos teníamos que retirar antes. A veces llamaban a nuestras casas para que nos fueran a retirar porque no venía un *profe*”.¹¹ Las continuas interrupciones de las clases se ven agravadas por los problemas de infraestructura: Camila (veintiún años)

8 Grupo Focal Principal Responsable de Cuidado (PRC), Mitre, 6/10/2023.

9 Comunicación Personal N° 26, Villa 15, 20/8/2024.

10 Comunicación Personal N° 45, Kilómetro 13, 19/9/2024.

11 Comunicación Personal N° 10, San Ambrosio, 3/7/2024.

de Villa 15, se queja de que "vienen los pibes y te dicen 'hoy no fuimos porque no había agua'".¹² La percepción de una escuela vacía debido a la ausencia de los docentes se ve agravada por la deserción de los propios compañeros.

Más grave, pero tan generalizada como la imagen de "escuela vacía", es la imagen de "escuela violenta". Un tercio de estos jóvenes fueron testigos directos de hechos de violencia grave entre compañeros o hacia los docentes. Se califican como "graves" porque las narraciones incluyen palizas, heridas con armas blancas y alumnos golpeados hasta el punto de requerir hospitalización. La violencia y el consumo problemático, habitual en las calles, se cuelean en la escuela, que se ve claramente desbordada.

Tanto los jóvenes como sus madres entienden que las escuelas no escapan a las realidades de los barrios en las que se ubican. Una madre de Kilómetro 13 nos decía sobre la escuela a la que asisten sus hijos: "[e]stá sobrepasada, está atravesada por la violencia, ¿no? Por el mismo consumo, los pibes, yo siento que no tienen respeto por los profesores".¹³ Ramiro (veinte años), quien asistió a esa misma escuela, comenta: "[e]stá cerca de lugares donde se corre peligro (...) hay mucha droga. Ahí pasaba de todo, había mucha pelea (...) Adentro, si estaban adentro. Afuera, si estaban afuera. Se daban con todo. Porque los pibes ya venían quemados".¹⁴

Estos jóvenes participan más en espacios estructurados legales como clubes y centros comunitarios que el promedio y tienen, también, más relaciones por fuera del barrio. De todos modos, solo la mitad participa en espacios estructurados legales, mientras que el 37% tiene escasos vínculos, el 32 % sufre de ansiedad y/o depresión y el 10% manifiesta haber tenido problemas de adicciones. De hecho, las madres de estos jóvenes temen que estos sean "atrapados por la esquina", que representa para ellas el ámbito donde sus hijos pueden establecer vínculos con "las malas juntas" que los terminan arrastrando hacia el consumo y la delincuencia.

Narrativa minimalista

Bajo esta categoría agrupamos las narrativas de nueve jóvenes (20% de los entrevistados) que, si bien aspiran a tener un trabajo, no expresan expectativas que vayan más allá de asegurarse la subsistencia diaria. Su principal preocupación es generar un ingreso que les permita sostenerse a sí mismos y/o a sus familias. Son narrativas en las que se proyecta un futuro, pero siempre con expectativas muy moderadas, minimalistas.

Los horizontes de estos jóvenes están condicionados por los recursos que han logrado acumular en los distintos ámbitos que han transitado. María (veintidós años), por ejemplo, abandonó su hogar y la escuela a los quince años debido a la violencia familiar y no tiene amigas. Aspira a "hacer algo con una computadora", pero incluso esta meta, expresada de manera algo vaga,

12 Comunicación Personal N° 26, Villa 15, 20/8/2024.

13 Comunicación Personal con referente comunitario, Kilómetro 13, 4/9/2023.

14 Comunicación Personal N° 45, Kilómetro 13, 19/9/2024.

le resulta inaccesible: “necesitaría ayuda para lograrlo (...) pero no tengo ninguna”.¹⁵ Le preocupa la idea de tener un hijo porque “(...) tener una familia acá es peligroso; si tenés un hijo no podés dejarlo ir a la plaza porque en cinco minutos ya se están agarrando a los tiros”. Es una realidad que limita hasta los proyectos más básicos.

Así como María solo aspira a hacer algo para obtener un ingreso, Adrián (veinte años), que no terminó la escuela y trabaja clasificando plásticos, quisiera “(...) tener un negocio de cualquier cosa que dé plata para poder vivir”.¹⁶ Cada mes “pone unos pesos” en una caja con la esperanza de construir una casilla en un barrio más tranquilo. Sin embargo, por más minimalista que parezca, aun este sueño le resulta lejano. Otros cuatro jóvenes expresan un deseo similar: conseguir un trabajo que les permita generar un ingreso para subsistir. En el extremo, Micaela (veintidós años), que tiene un hijo y está endeudada junto a su pareja, espera “(...) tener un trabajo fijo para poder esperar la semana siguiente sin miedo a que se rompa todo”.¹⁷ Su familia vive cerca del abismo que significa caer en situación de calle. Con lágrimas en los ojos sueña: “[q]ue a mis hijos no les falte comida y que puedan estar conmigo, que no nos separen nunca”. El mejor futuro que puede imaginar es simplemente poder sostener a sus hijos para que la justicia no se los quite. El camino de movilidad social ascendente a través del estudio es, para estos jóvenes, una posibilidad muy lejana; perciben que no es para ellos. Si bien expresan el deseo de tener algún futuro, por más limitado que sea, también dejan en claro que viven al borde de abandonar toda meta, como sucede en las narrativas del presente.

Bases de la narrativa minimalista

Las narrativas minimalistas se caracterizan por proyectar un futuro con expectativas muy limitadas, no solo debido a un contexto que ofrece pocas oportunidades, sino también a los escasos recursos con los que cuentan estos jóvenes. La base de recursos disponible solo permite aspiraciones muy acotadas. Entre quienes sostienen esta narrativa, más de la mitad manifiesta no haberse sentido cuidados. Dos de estos jóvenes vienen de hogares con necesidades materiales extremas, dos dejaron el hogar al quedar embarazadas antes de los dieciocho años y otros cuatro tuvieron padres violentos, con adicciones graves o que están presos.

Tres de estos jóvenes fueron cuidados por ambos padres, mientras que los otros seis fueron criados por sus madres o abuelas. Afirman que este apoyo familiar fue clave para mantenerse alejados de los peligros de la vida delictiva asociada a “la esquina”. Sin embargo, la escasez de ingresos y activos familiares (casas precarias, baños insalubres, etc.), las limitaciones del capital humano de sus cuidadores y la precariedad estructural de sus barrios influyen de manera sustancial en estos hogares.

15 Comunicación Personal N° 41, EDLA, 22/8/2024.

16 Comunicación Personal N° 18, Kilómetro 13, 17/8/2024.

17 Comunicación Personal N° 29, Villa 15, 20/8/2024.

Seis de los jóvenes en este grupo relatan experiencias escolares malas que terminaron en el abandono de la escuela. Solo tres terminaron o se encuentran cursando el secundario. Los que abandonaron la escuela lo hicieron por la necesidad de aportar ingresos a sus hogares o por tener que mantener la familia que formaron a temprana edad. Pablo (diecisiete años), por ejemplo, explica que dejó porque tenía que cartonear para ayudar en su casa.

Estos jóvenes también relatan que la violencia se cuela con frecuencia en la escuela. Las peleas son normales y están naturalizadas: "unas chicas se empezaron a pelear y se lastimaron feo. Y después, a la semana otras chicas se pelearon y una terminó en el hospital";¹⁸ "a veces a nosotras nos esperaban afuera de la salida para pegarnos (...) o cosas así viste";¹⁹ "el primer día que entré a la escuela me recibió un pibe jugando con una navaja mariposa";²⁰ "a veces mis compañeros decían 'voy a cagar a palos a una' y se agarraban feo".²¹

Entre los jóvenes de este grupo que se declaran escolarizados, el vínculo con la escuela es, frecuentemente, demasiado precario como para sostener verdaderos procesos de aprendizaje. La asistencia regular y el cumplimiento de horarios y normas no son la regla. Pocos ven la asistencia a la escuela como una actividad obligatoria de lunes a viernes. Ocho comenzaron a trabajar antes de los dieciséis años. Cuatro de estos jóvenes mencionan que hay días que no asisten porque no les gusta la materia o el docente. Uno de ellos comenta: "[l]os martes no voy porque hay dictado y paso vergüenza porque no escribo bien".²²

De hecho, en su forma de ver la escuela no parece haber una clara diferencia entre el abandono y la asistencia regular a clases. Más bien, perciben la escolarización como un continuo con límites difusos. En ocasiones, se consideran escolarizados, aun cuando no hayan asistido a la escuela en un tiempo prolongado. Un ejemplo de esto es un joven de Kilómetro 13, quien en el mes de julio afirmaba no haber dejado la escuela, pero reconocía: "este año todavía no fui".

La frustración de los pocos que terminaron el secundario también evidencia cómo la experiencia escolar opera como un limitante. Por ejemplo, Soledad cuenta que su familia, que vive del cartoneo, la apoyó para que terminara el secundario. Tras graduarse se inscribió en la UBA para estudiar psicología, pero solo asistió unos meses: "[y]o lloraba porque no entendía nada. Sentía que los demás tenían otro aprendizaje y otras palabras que yo no tenía adquiridas. Me costó entender que son otras personas (...) criadas de manera diferente. Me di cuenta de que no había aprendido todo lo que tenía que aprender para estar ahí [en la facultad]".²³ Con los recursos adquiridos en su etapa escolar, estos jóvenes chocan contra una pared si ingresan a la universidad.

18 Comunicación Personal N° 16, Kilómetro 13, 17/8/2024.

19 Comunicación Personal N° 28, Villa 15, 20/8/2024.

20 Comunicación Personal N° 14, EDLA, 15/8/2024.

21 Comunicación Personal N° 31, Villa 15, 20/8/2024.

22 Comunicación Personal N° 9, Kilómetro 13, 29/6/2024.

23 Comunicación Personal N° 1, Kilómetro 13, 23/5/2024.

La experiencia de sus propios barrios es descripta por estos jóvenes en términos negativos. La totalidad declara haber presenciado o participado en hechos violentos y más de la mitad declara tener escasos vínculos. La mayoría solo establece relaciones dentro de sus barrios. Tienen pocas oportunidades de generar vínculos con otros grupos sociales, lo que limita sus posibilidades laborales y sus narrativas de integración y reconocimiento social. En general, interactúan con sus amigos reuniéndose en la plaza o en sus casas. El espacio geográfico en el que se mueven se reduce, a menudo, a unas pocas cuadras. Es común en este grupo que repitan frases como: “[e]stoy en casa, siempre solo”, “ando solo”, “no tengo amigos” o “nunca salgo”, a menudo porque temen que “la esquina” los lleve al consumo. Más de la mitad sufre de ansiedad, depresión o adicciones crónicas.

Narrativa presentista

Bajo esta categoría agrupamos las narrativas en las que los jóvenes no expresan proyectos futuros, sino que sostienen relatos casi exclusivamente centrados en el presente. Encontramos en esta categoría a dieciocho jóvenes (40% de los entrevistados). Si decimos que las narrativas son maneras de proyectar futuro, podríamos afirmar que estas, en rigor, son no narrativas porque no hay expectativas o, cuando existen, son extremadamente acotadas o fantasiosas. Todos ellos acumularon escasos recursos en sus historias familiares, escolares y sociales.

En cuatro casos, se trata de jóvenes profundamente afectados por historias familiares violentas, con cuadros de depresión que se reconocen incapaces de imaginar ningún futuro. En los otros catorce casos, son jóvenes cuyas historias han estado marcadas por el consumo o la delincuencia, que se juegan la vida en el presente o no manifiestan otra aspiración que “rescatarse”, es decir, mantenerse alejados del consumo y el delito. A su vez, dentro de este grupo encontramos a cinco jóvenes que expresan algún tipo de deseo a futuro, pero de manera fantasiosa, ya que sus proyectos carecen de cualquier condición de posibilidad.

Los cuatro jóvenes que no forman parte de grupos delictivos o de consumo se encuentran deprimidos y se reconocen incapaces de imaginar ningún futuro. Más bien, sus historias personales los llevan a describirse como personas “rotas”. Un joven de diecisiete años responde ante la pregunta por sus expectativas: “[m]e cuesta mucho imaginarme en el futuro”.²⁴ Su historia no le dio muchos elementos para imaginar un porvenir. Otra de las entrevistadas, Fernanda (diecisiete años), brinda, a pesar de su corta edad, una respuesta acerca de su futuro que resulta trágicamente ilustrativa: “[m]e veo sentada en la vereda, con un perro al lado, mirando la vida pasar”.²⁵ No espera nada del futuro.

En este grupo, los problemas de salud mental aparecen de manera acuciante. Federico (veinte años) narra su vida disociándola de la realidad.

24 Comunicación Personal N° 9, Kilómetro 13, 29/6/2024.

25 Comunicación Personal N° 43, Kilómetro 13, 19/9/2024.

Cuenta que su padre fue muy violento y se describe a sí mismo a veces excitado como "(...) un Dios cuando agarro mi carro y voy recorriendo las calles recolectando lo que tira el *chetaje*",²⁶ y otras veces deprimido "como un perro al que le tiran comida".

Por último, un grupo de catorce jóvenes parece jugarse la vida en el presente. Son jóvenes que consumen sustancias asiduamente y para los cuales el consumo ha sido también, generalmente, una puerta de entrada al delito. En sus relatos describen un círculo cotidiano y sin fin de necesidades insatisfechas, consumo y crimen, del que les cuesta salir. Doce reconocen haber robado y cinco ya estuvieron presos. Los robos van desde arrebatar celulares y robar autos a punta de pistola, hasta *salideras* bancarias y *reventar* casas. El consumo y el crimen comparten el vértigo del presente; se juegan la vida cada día sin demasiada conciencia del mañana. Diego (diecisiete años) explica la inmediatez implícita en este tipo de vida: "una vez que fumaste te pide más, te dura un segundo y querés sentir lo mismo de nuevo, aunque te arruine la vida. Me robaba todo para consumir. Después de consumir ya no fui el mismo (...)".²⁷ Llevan una vida de consumo en la que casi nunca acumulan ningún tipo de recurso para el futuro.

Los jóvenes instalados en el presente no esperan reconocimiento a futuro, sino de manera inmediata. La mayoría considera un gran obstáculo para cualquier aspiración el haber creído, en algún momento de su vida, que "ser alguien" era "ser soldadito" o "ser pibe chorro". Analía (diecisiete años) cuenta que a los trece empezó a consumir y vender droga: "[v]endía porque me gusta mucho la plata", y como tenía plata, "tenía un montón de amigos que me reconocían". Pero luego admite: "[c]uando dejé de vender y de tener plata, ahí se fueron los amigos".²⁸ Leandro (diecinueve años) dice de ese modo de "ser alguien": "[e]s salir de joda, tener mujeres, tragos. Mostrar lo que tenés. Cuando estás en esa, te sentís admirado". Pero también reconoce que "llega el día que te das cuenta de que en ese mundo no hay amigos".²⁹

Estos jóvenes ponen en riesgo su vida cotidianamente, pero algunos lo hacen como si fuera un juego. Mientras unos parecen negar los peligros inherentes a la vida que llevan, otros tienen más claro que por ese camino probablemente terminen en la cárcel o la muerte; dos realidades en las que el tiempo, aunque de manera distinta, se detiene. Brian (dieciocho años) avizora que por esa vía se termina chocando contra una pared: "[a]ca es así, 'vamos a robar (...) *pum pum* (...) vamos a robar' y caés preso. 'Vamos a robar y *pum pum*', caés muerto. Es así. (...) No tenés otro camino acá".³⁰ Cuando se les pregunta qué esperan del futuro, ensayan en general tres respuestas: negar cualquier posibilidad de una vida mejor, narrar fantasías o expresar su deseo de "rescatarse". Las historias de estos jóvenes están lejos de permitirles aspirar a integrarse socialmente a través del estudio y el trabajo; a sus ojos, "esa es una vida para otros". Enzo (veintiún años) incluso considera que nunca debió haber pensado en un futuro: "Mi error fue pensar que

26 Comunicación Personal N° 6, San Ambrosio, 28/6/2024.

27 Comunicación Personal N° 30, Villa 15, 20/8/2024.

28 Comunicación Personal N° 47, EDLA, 22/8/2024.

29 Comunicación Personal N° 46, EDLA, 22/8/2024.

30 Comunicación Personal N° 36, EDLA, 22/8/2024.

podía ser algo más. Porque yo no estoy apto, por ejemplo, para ser militar o gendarme, porque si voy a la psicóloga, obvio que voy a fallar. Tengo mucho trauma del pasado”.³¹

A menudo, ante un futuro que no se vislumbra promisorio y un presente marcado por la angustia, estos jóvenes responden a la pregunta sobre su porvenir con fantasías. Son respuestas que carecen de cualquier condición de posibilidad: una joven que abandonó la escuela, ejerce la prostitución y consume cotidianamente dice que quiere ser médica. Un joven que se encuentra en libertad condicional y no terminó el secundario expresa su deseo de ser gendarme. Un soldadito dice que le gustaría ser policía.

A pesar de sus traumas y heridas, hay una meta a la que ninguno pareciera renunciar: todos los entrevistados que consumen y delinquen expresan su deseo de “rescatarse”, es decir, de abandonar esas conductas. Conscientes de sus escasas expectativas y de sus sentimientos de soledad y depresión, todos manifiestan su intención de dejar las drogas. Cuando se les pregunta por metas en su vida, repiten: “quiero rescatarme”, “mantenerme limpio”, “mantenerme derecho”, “que mis hijos digan que dejé la falopa”, “no descarrilar” o “hacer plata, pero honesta”. La mitad incluso desearía terminar la escuela, aunque no lo vea posible.

Bases de la narrativa presentista

En los jóvenes con narrativas presentistas encontramos la menor percepción de cuidado, las peores experiencias escolares, la menor cantidad de vínculos por fuera del barrio y la menor participación en espacios estructurados de socialización— como clubes o iglesias—. El 83% dice no haberse sentido cuidado. Mientras que los padres se hallan mayoritariamente ausentes —y cuando están presentes no es raro que sea de manera violenta—, las madres cuentan con escasos recursos para criar a sus hijos. Las madres de los pocos que se sienten cuidados realizan esfuerzos ciclópeos para criar a sus hijos, pero aun así los pocos recursos disponibles conspiran contra los resultados.

Las madres que se ven desbordadas en la tarea de cuidar a sus hijos tienen en promedio un bajo nivel educativo (la encuesta muestra que el 60% no completó la secundaria) y carecen de apoyo para atender sus problemas de salud, en especial los psicológicos. La depresión y otros cuadros complejos son frecuentes y poco tratados. Resulta difícil que padres y madres con problemas de salud y sin atención médica puedan asumir plenamente el cuidado de sus hijos. Una madre nos dice: “yo derrapé y no pude evitar que derraparan ellos también”.³² En el extremo del abandono, una joven de Kilómetro 13 cuenta que su madre no la cuida “porque está presa por problemas de narcotráfico”.³³ Es difícil que madres que no han logrado alcanzar ellas mismas un grado de autonomía e integración social puedan

31 Comunicación Personal N° 13, San Ambrosio, 19/7/2024.

32 Grupo Focal PRC, EDLA, 4/10/2023.

33 Comunicación Personal N° 5, Kilómetro 13, 26/6/2024.

acompañar en ese proceso a sus hijos. Trágicamente, el ciclo de la "no integración" parece reproducirse a sí mismo.

El abandono de la tarea de cuidado adquiere distintos grados. Entre los casos más extremos de abandono, encontramos al 40% que vivió su infancia en situación de calle. Enzo (veintiún años), del barrio San Ambrosio, cuenta que vive en la calle desde los catorce años porque su padrastro lo golpeaba y ahora no quiere ser testigo de cómo maltrata a sus hermanos. Lara (veinte años), de Kilómetro 13, también vive en la calle desde niña: su madre fue encarcelada por narcomenudeo y ella ejerce la prostitución para mantener a sus hermanos menores. Brian (dieciocho años), de Fuerte Apache, fue echado de su casa a los doce años tras una pelea en la que su hermano mayor lo apuñaló. Son fundamentos frágiles para la elaboración de narrativas de integración y reconocimiento social a través del estudio y el trabajo.

El consumo problemático y el delito, además, se reproducen intergeneracionalmente. Seis de estos jóvenes cuentan que sus familias se dedicaban regularmente a vivir del delito, seis tienen padres que consumen y siete tienen o tuvieron preso a algún familiar directo. Leandro (diecinueve años), por ejemplo, dice estar tratando de desengancharse de ese ciclo familiar de consumo, narcotráfico y robo porque "lo que más le dolió" es que su madre "no lo visitó cuando estaba preso".³⁴ Bruno (diecinueve años) también reconoce una herencia que le pesa: "[e]s difícil salir cuando creciste en una familia así. Mi padre estuvo preso y lo mataron por eso de la droga. Yo empecé a juntarme en la esquina y a consumir".³⁵ Todos quisieran cortar este ciclo; pocos pueden.

Para muchos de estos jóvenes, una vida mejor no es hacia adelante, sino hacia un pasado idealizado que, en rigor, nunca tuvieron. La infancia es la etapa que recuerdan sin el flagelo del consumo. Leandro (diecinueve años) parece reconocer que ya no tendrá la posibilidad de un futuro muy distinto a su presente y, por eso, responde: "[m]e gustaría volver a ser chico. ¿Para qué crecí?".³⁶ Martín (veintitrés años), sobre el que pesa una condena por robo y resistencia armada a la policía, reflexiona: "[s]i mi familia me hubiera apoyado un poquito, si mi padre me dejaba tener alguna oportunidad en vez de pegarme (...) si me hubiera dejado la oportunidad de estudiar como a mis otros compañeros (...) yo hubiera terminado el secundario (...) y hoy habría sido otra persona".³⁷

Más del 60% de estos jóvenes relatan altos grados de violencia en sus familias. En la mayoría de los casos, son los padres o padrastros quienes aparecen como los principales responsables de distintas formas de violencia. Una joven cuenta cómo su padre minó su autoestima al decirle desde niña "que no servía para nada". En otros hogares, la violencia es física y puede llegar a límites extremos. Martín (veintitrés años), quien se fue de su hogar a los dieciséis años debido a la violencia familiar, cuenta que su padre llegó a partirle una escoba en la cabeza y a hacerlo atravesar una ventana de vidrio. Mientras muestra las amplias cicatrices en sus brazos, reflexiona:

34 Comunicación Personal N° 46, EDLA 15, 22/8/2024.

35 Comunicación Personal N° 25, Villa 15, 20/8/2024.

36 Comunicación Personal N° 46, EDLA 15, 22/8/2024.

37 Comunicación Personal N° 3, Kilómetro 13, 6/6/2024.

“si mi papá no hubiera sido tan violento, yo sería otro”.³⁸ Un tercio de las jóvenes mujeres relatan haberse sentido desprotegidas por sus madres ante la violencia o el abuso de sus padrastros. En estos contextos, es común detectar depresiones, bulimia y anorexia no tratadas, e incluso a veces no diagnosticadas.

La experiencia escolar también dista de ser positiva. El 89% no completó estudios secundarios. Por ejemplo, Alejandro (dieciocho años), del barrio Mitre, dice: “[f]ui hasta primer año de secundario. Ahí dejé (...) saliendo con amigos, fumando, todas esas cosas. Ahí me descarrilé, dejé el colegio, todo”.³⁹ Seis de estos jóvenes utilizan expresiones semejantes a “me gustó más la joda que estudiar” para explicar, no sin un sentimiento de dolor y desánimo, su derrotero.

Algunos reconocen haber llevado a la escuela la violencia que vivieron desde niños en sus hogares. Enzo (veintiún años), de San Ambrosio recuerda con tristeza ese recorrido: “[e]n la primaria fue muy difícil. Desde primero, ya cuando entré en la escuela era muy rebelde. Pero es porque cuando uno vive momentos de violencia desde muy chico es como que lo vuelve a hacer (...) entiende que los golpes son la forma de hacer entender a otra persona”.⁴⁰ Otros narran el problema de llegar drogados a la escuela y responder violentamente.

Los docentes tampoco se salvan de la violencia que irrumpe en la escuela desde las calles. Lara (veinte años), de Kilómetro 13, por ejemplo, reconoce: “[e]n la secundaria ya estaba loquita, loquita. Ahí le pegué a la preceptora y me echaron de la escuela. No puedo terminar por eso. Y yo lo que quiero es terminar la escuela ahora, ¿entendés?”.⁴¹ Un dato que tiene una cara negativa y otra positiva a la vez es que los jóvenes que dejaron la escuela siempre piensan en regresar.

Como era de esperarse, los jóvenes en este grupo son los más afectados por la falta de vínculos y la proliferación de redes criminales en los ámbitos que frecuentan. “La esquina” es muchas veces su único ámbito de pertenencia y desde esta se vinculan con redes delictivas. Solo cinco de estos dieciocho jóvenes participa en espacios estructurados y lo hace con la intención de “rescatarse”, es decir, de abandonar el consumo y la vida delictiva. Se refieren a la práctica del deporte como algo positivo, pero, en general, poco accesible o lejano a su realidad cotidiana. La mayoría de los jóvenes en este grupo (72%) dice sentirse solo. Tienen pocos vínculos y los que tienen, en general, no les resultan confiables. A veces el aislamiento incluso es voluntario porque sus vínculos suelen llevarlos al consumo. El 83% manifiesta tener problemas de salud mental y el 72% reconoce sufrir fuertes adicciones. El 67% reconoce haber cometido delitos.

Joaquín (veinte años), de Mitre, describe la omnipresencia de la droga en su barrio: “[c]orre mucho. Hoy en día hasta te quieren pagar todo con droga; no existe la plata, te pagan con droga. Cuando en la calle sale una changa es, “ ¿te pago con droga o te pago con plata?”. Los jóvenes en este

38 Comunicación Personal N° 3, Kilómetro 13, 6/6/2024.

39 Comunicación Personal N° 19, Mitre, 19/8/2024.

40 Comunicación Personal N° 13, San Ambrosio, 19/7/2024.

41 Comunicación Personal N° 5, Kilómetro 13, 26/6/2024.

grupo coinciden en que el consumo suele comenzar alrededor de los trece o catorce años, pero también en que cada vez se inicia a edades más tempranas, con tan solo 9 o diez años. Luis (veinte años), de San Ambrosio, describe esta realidad: "[n]o te voy a mentir porque yo anduve en las drogas, pero hay cosas que no me gustan. Hoy en día (...) vas a la esquina y ya ves un pibito, pendejito de diez, nueve años, drogándose. Ves pibitos también de doce, trece años, drogándose. Y eso ya no *me cabe* porque no está lindo".⁴² Aun a tan corta edad, el consumo los lleva a delinquir, como relata Lucila (dieciocho años), de Fuerte Apache: "[v]eo a muchos pibes que siguen ese camino. Son *rechiquitos* y ya los ves saliendo a robar o escondidos consumiendo".⁴³ Esas experiencias conspiran contra la posibilidad de hilvanar otras narrativas.

Tres razones, no excluyentes, llevaron a estos jóvenes a la "vida de la esquina": olvidar las dificultades, obtener ingresos o lograr reconocimiento. Los que vivieron desde muy chicos en situación de calle advierten que vivir en condiciones tan duras lleva casi inexorablemente al consumo. Brian (dieciocho años), de Fuerte Apache, dice: "[v]ivir en la calle no es fácil (...) te come demasiado la cabeza. solo pensaba en fumar, drogarme, andar robando. Es difícil y es triste vivir en la calle. Porque uno no se acostumbra a tener doce años y que tu mamá ya te suelte en la calle. Un chico no tendría que vivir a esa edad lo que pasé yo".⁴⁴ La droga como manera de olvidar la soledad y una realidad difícil aparece recurrentemente en los relatos. Uno de los entrevistados describe a la droga, elocuentemente, como "el abrazo que te faltó de tu mamá".⁴⁵

Asimismo, los jóvenes mencionan que "ser soldadito" genera ingresos superiores a los que se pueden obtener en los trabajos disponibles para ellos, comúnmente el cartoneo. Analía (diecisiete años), de Fuerte Apache, relata: "[y] o tenía trece años cuando hacía una banda de plata haciendo cosas que no tenía que hacer. Yo consumía, pero también vendía. Me gusta mucho la plata, pero después pensé que no estaba bueno poner en riesgo mi vida siendo tan chica".⁴⁶

La falta de reconocimiento y de oportunidades para cumplir metas personales también aparecen como causas del consumo. Algunos de los jóvenes entrevistados señalan que consumir y vincularse a grupos delictivos es una forma de obtener reconocimiento. Martín (veintitrés años), de Kilómetro 13, explica: "[m]ás que nada la junta puede ser que me haya llevado a robar (...) uno porque tiene *berretines*, porque quiere ser *chorro* para poder decir 'yo soy *chorro*'. Va más por el lado de querer ser un *poronga*".⁴⁷ Estos jóvenes no apelan a ningún capital acumulado en ámbitos educativos para proyectar "ser alguien"; en cambio, el conjunto de vínculos establecidos –"malas juntas"– y sus experiencias, como períodos en la cárcel o enfrentamientos

42 Comunicación Personal N° 7, San Ambrosio, 28/6/2024.

43 Comunicación Personal N° 38, EDLA, 22/8/2024.

44 Comunicación Personal N° 36, EDLA, 22/8/2024.

45 Comunicación Personal N° 45, Kilómetro 13, 19/9/2024.

46 Comunicación Personal N° 47, EDLA, 22/8/2024.

47 Comunicación Personal N° 3, Kilómetro 13, 6/6/2024.

con la policía, los acercan a redes en las que “ser alguien” pasa por “ser pibe chorro” o “ser soldadito”.

Paradójicamente, si para muchos el deseo de ser alguien fue lo que los llevó a consumir o ser soldaditos, todos describen su experiencia de consumo como un proceso autodestructivo. Narran que pierden la conciencia de sus actos, se deterioran físicamente y descuidan los vínculos con las personas que realmente los quieren. Describen la experiencia como negativa y expresan su deseo de dejar las drogas para mejorar sus vidas. La mayoría intenta abandonarlas, pero los resultados son dispares y, pocas veces, permanentes. Todos coinciden en que lo fundamental para “rescatarse” es alejarse de los amigos y los ámbitos barriales que frecuentan.

Desigualdad de recursos acumulados

Las tres narrativas identificadas –tradicional, minimalista y presentista– difieren en sus bases materiales; es decir, en los recursos que los jóvenes acumulan en las etapas iniciales de la vida. Estos recursos, provenientes de la familia, la escuela y los espacios de sociabilización, constituyen las bases materiales y simbólicas que permiten –o impiden– sostener una expectativa de futuro. La comparación transversal revela un patrón escalonado: a medida que los recursos disminuyen, el horizonte temporal y el territorio vital de las narrativas se reducen. Los jóvenes que más recursos adquieren proyectan una carrera universitaria y una vida fuera de su barrio de origen. En el otro extremo, los jóvenes que menos recursos han acumulado viven una vida con un horizonte temporal reducido al presente y un espacio geográfico acotado a la esquina.

El cuidado familiar es el recurso que aparece como más decisivo en las narrativas de los jóvenes. La encuesta arroja datos generales sobre la capacidad de cuidado en los hogares. El 37% de los jóvenes vive en hogares monoparentales, generalmente con sus madres que tienen la doble carga de ser sostén económico del hogar y cuidar a los hijos. El 24% de los jóvenes encuestados ya no vive con sus familias de origen, y de estos el 43% se vio obligado a irse por problemas familiares graves como el hacinamiento o la violencia. El 79% de los encuestados comenzó a trabajar antes de los dieciocho años por la necesidad de aportar dinero a sus hogares. El 59% de las madres y el 74% de los padres no terminó el secundario. En general, los progenitores de los jóvenes de barrios populares cuentan con escasos recursos para criar a sus hijos.

Entre los jóvenes entrevistados, los que sostienen la narrativa tradicional pertenecen a los hogares con mayor capacidad de cuidado. El 84% de los jóvenes que sostienen la narrativa tradicional reporta haberse sentido cuidado, usualmente por la madre que asume un rol heroico. Este cuidado temprano provee un marco emocional desde el cual es posible proyectar algún tipo de futuro.

En cambio, entre los jóvenes que sostienen narrativas minimalistas, más de la mitad declara no haberse sentido cuidado, el triple de los que declaran esa percepción en el grupo anterior. La mayoría creció en contextos

de violencia e inestabilidad familiar. Aunque algunos relatan la presencia de una madre o abuela que intentó sostenerlos, los recursos materiales y simbólicos de esos hogares fueron demasiado limitados para generar un andamiaje capaz de expandir expectativas. Mientras que en el grupo anterior la aspiración era comprar una casa, en general fuera de su barrio, en este grupo cinco jóvenes manifiestan simplemente el deseo de terminar sus casillas de chapa en los terrenos de sus padres.

Entre quienes sostienen una narrativa presentista, el lazo familiar aparece como un espejo invertido del primer grupo, el 83% no se sintió cuidado por ninguno de sus padres. Aquí predomina la experiencia del abandono, la violencia severa y la vida en la calle desde edades tempranas. La criminalidad intergeneracional aparece frecuentemente en los relatos. La familia deja entonces de ser un ámbito de crianza en el que se adquieren recursos para convertirse en un factor de riesgo. El quiebre del proceso de crianza rompe la posibilidad de proyectar futuro: sin un sostén afectivo básico, los jóvenes no pueden construir una narrativa que enlace recursos acumulados con futuro. Cuanto menos cuidado experimentaron, más difícil es que estos jóvenes articulen narrativas de integración social.

La escuela constituye el segundo ámbito decisivo de acumulación de recursos. Los datos generales procedentes de la encuesta a jóvenes no son menos preocupantes que los relativos al hogar. Entre los encuestados mayores de dieciocho años, el 42% abandonó la escuela. Entre quienes están en el secundario, el 59% tiene sobreedad, una cifra que es dos veces y media superior al promedio nacional, y el 26% presenta una "sobreedad agravada", es decir, un retraso de dos años o más respecto al grado correspondiente. Los datos dan cuenta además de una rutina escolar discontinua, caracterizada por un alto ausentismo: el 68% de los estudiantes faltó al menos una vez en las últimas dos semanas por motivos ajenos a la salud y el 81% reportó que, en ese período, tuvo horas libres o se retiró antes de tiempo al menos un día.

Aunque sus experiencias escolares distan de ser ideales, los jóvenes que sostienen con esfuerzo la narrativa tradicional logran comparativamente acumular más años de escolaridad y experiencias educativas más positivas que los jóvenes de los otros dos grupos. El 58 % se encuentra cursando o terminó el secundario, porcentaje que es tres veces mayor al del grupo con narrativa minimalista y cinco veces mayor al del grupo con narrativas presentistas. Más de la mitad de estos jóvenes considera tener o haber tenido una buena experiencia escolar, mientras que casi la totalidad de los jóvenes en los otros dos grupos describe la escuela como un lugar vacío –al que no van sus compañeros ni los docentes– o un lugar violento, en el que sufrieron violencia o ellos fueron quienes la ejercieron.

Aunque en porcentajes mayores entre los minimalistas y presentistas, las razones del abandono escolar suelen ser las mismas en los tres grupos: necesidad de trabajar, embarazo temprano o problemas de adicciones crónicas. En el grupo de los presentistas se agregan como causas frecuentes la violencia familiar y caer en situación de calle a temprana edad. En los tres grupos se evidencia que las necesidades económicas llevaron a los jóvenes a trabajar en edad escolar, problema algo menos grave entre los jóve-

nes que pueden sostener la narrativa tradicional: el 58% de estos últimos y el 90 % de los jóvenes en los otros dos grupos trabajaron durante su edad escolar para contribuir al hogar.

Entre los que sostienen narrativas presentistas, el 89% no completó la secundaria. Para la gran mayoría de estos jóvenes, la escolaridad fue interrumpida a edades muy tempranas y estuvo marcada por expulsiones, violencias, consumo o ausencias prolongadas. La escuela se vive más como un espacio ajeno a su realidad que como una institución que iguale oportunidades y recursos disponibles para construir un futuro. Comparativamente, se observa un gradiente claro en la trayectoria educativa de estos jóvenes que correlaciona con la posibilidad –o imposibilidad– de imaginar un futuro. Cuanto menos y peor escolarización tuvieron, más dificultades tienen los jóvenes para proyectarse.

El último recurso crítico son los espacios de sociabilización disponibles para estos jóvenes. La segregación territorial actúa en forma general como barrera que limita las interacciones sociales al perímetro del barrio y reduce el acceso de los jóvenes a oportunidades y redes de contacto diversificadas. La encuesta muestra que cerca del 40% de los jóvenes tiene amigos exclusivamente dentro de su propio barrio y el 83% solo se relaciona con amigos que tienen un nivel socioeconómico igual o inferior al suyo. El 46% no participó en ningún espacio estructurado (clubes deportivos, asociaciones barriales o iglesias) en el último mes. Tanto los jóvenes de los tres grupos como sus madres consideran que la droga está omnipresente en sus barrios. La “esquina” aparece en las encuestas como el lugar principal de pertenencia ante la falta de otras opciones, pero esta expone a los jóvenes a riesgos significativos.

Los jóvenes que sostienen la narrativa tradicional son los que más participan en espacios estructurados, el 50% contra el 10% de los otros dos grupos. Son también los que más vínculos tienen por fuera del barrio. De todos modos, el porcentaje de los que declara tener escasos vínculos es alto en los tres grupos: 37% en los de la narrativa tradicional y más del 90% en los otros dos grupos. Mientras que el 32% de los jóvenes de la narrativa tradicional declara tener problemas de salud mental, más del 50% y más del 83% de los jóvenes minimalistas y presentistas, respectivamente, declaran esa situación. Los jóvenes de estos dos últimos grupos viven sus vidas prácticamente sin salir de sus barrios. Los problemas de adicciones afectan al 10% de los que mantienen la narrativa tradicional, a un tercio de los minimalistas y a más del 70% de los presentistas.

La segregación de sus barrios, la omnipresencia de la droga y la escasez de ámbitos que brinden oportunidades para desarrollar actividades y vínculos por fuera del consumo emergen como un problema grave para el desarrollo de estos jóvenes. Sin espacios que les ofrezcan alternativas reales, muchos seguirán viendo en la esquina su única opción. Los recursos que acumulan confinan sus vidas en el tiempo y el espacio; el tiempo se reduce al presente y el espacio a la esquina.

Reflexiones finales

Frecuentemente se usa la palabra "carrera" como metáfora de lo que los jóvenes planean a futuro. De hecho, es común que se les pregunte "¿qué carrera vas a seguir?". Si las proyecciones de futuro pueden ser expresadas como carreras, entonces queda claro que los jóvenes argentinos tienen puntos de largada muy desiguales. Los jóvenes de los barrios populares parten varios metros por detrás del promedio y ni siquiera todos lo hacen desde el mismo lugar. Aunque con serias dificultades, algunos parten desde lugares en los que existen recursos familiares, escolares y sociales que les permiten imaginar un futuro; otros, en cambio, comienzan desde posiciones marcadas por la escasez, la violencia y la incertidumbre, que solo permiten pensar el presente.

Este artículo mostró que esas desigualdades iniciales no solo afectan las oportunidades objetivas de los jóvenes, sino también las narrativas a través de las cuales interpretan su pasado, organizan su presente y proyectan –o no– su futuro. Las tres narrativas identificadas –tradicional, minimalista y presentista– no expresan meros grados de optimismo, sino formas diferenciadas de relacionarse con el tiempo y con el espacio, estrechamente vinculadas a los recursos efectivamente acumulados a lo largo de la vida. A medida que esos recursos disminuyen, el horizonte temporal se acorta y el territorio vital se contrae: en el extremo, la vida queda reducida a un presente continuo, anclado en la esquina.

El análisis comparativo permitió identificar que el cuidado familiar temprano constituye un recurso decisivo para sostener expectativas de futuro. Allí donde existió un mínimo de cuidado, aun en contextos adversos, los jóvenes lograron construir narrativas que enlazan esfuerzo presente con recompensas futuras. Cuando ese cuidado fue débil o inexistente, la posibilidad misma de proyectar se vio seriamente limitada. Las trayectorias educativas fragmentadas, marcadas por ausentismo, violencia y abandono temprano, erosionan la experiencia de la escuela como espacio significativo para imaginar movilidad social. Finalmente, la segregación territorial y la escasez de espacios de sociabilización estructurados profundizan el aislamiento de los jóvenes con menos recursos y refuerzan dinámicas de encierro espacial y relacional. No se trata solo de menos oportunidades, sino de una capacidad erosionada para imaginar un futuro distinto del presente. En este sentido, la erosión de la narrativa tradicional de movilidad social no es solo un efecto colateral de la desigualdad, sino uno de los mecanismos a través de los cuales esta se reproduce.

Si hubo un país en el que la mayoría creyó que el estudio y el trabajo permitirían a sus hijos vivir mejor que sus padres, ese país hoy parece circunscribirse a ciertos territorios y clases sociales. Relativamente pocos jóvenes de los barrios populares del AMBA mantienen la expectativa de una movilidad social ascendente. Más que sentirse con posibilidades de ocupar un lugar en la sociedad, se perciben al margen. El desafío es cómo brindarles los recursos que les permitan expandir esos horizontes. La Argentina supo formular promesas creíbles de inclusión: primero, a través de la educación; luego, mediante la ampliación de derechos sociales y políticos vinculados al trabajo. Hoy, en cambio, carecemos de una propuesta clara para estos jóvenes. Una Argentina

sostenible requiere ofrecerles una alternativa de incorporación que trascienda “la esquina”. Una sociedad que no ofrece futuro a sus jóvenes está, en verdad, renunciando al suyo.

Bibliografía

- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (2.^a ed.). Fondo de Cultura Económica.
- Appadurai, A. (2013). The future as cultural fact. En *The Future as a Cultural Fact: Essays on the Global Condition* (pp. 285-300). Verso.
- Auyero, J. (1992). La juventud popular urbana y el nuevo clima cultural. *Nueva Sociedad*, 117, 131-143.
- Auyero, J. (1993). Otra vez en la vía: notas e interrogantes sobre la juventud de sectores populares. Espacio Editorial.
- Auyero, J. y Sobering, K. (2021). *Entre narcos y policías: las relaciones clandestinas entre el Estado y el delito, y su impacto violento en la vida de las personas*. Siglo XXI Editores.
- Bonfiglio, J. I., Rival, J. M. y Rodríguez Espínola, S. S. (2016). *Venta de drogas y consumos problemáticos: una aproximación diagnóstica a las adicciones en jóvenes de barrios vulnerables* (Informe N° 3, 2016; Serie del Bicentenario 2010-2016). Observatorio de la Deuda Social Argentina. Barómetro del Narcotráfico y las Adicciones en la Argentina. Pontificia Universidad Católica Argentina.
- Boniolo, P. (2020). El efecto de la residencia en la movilidad social intergeneracional. En R. Sautu, P. Boniolo, P. Dalle y R. Elbert (e ds.), *El análisis de clases sociales: pensando la movilidad social, la residencia, los lazos sociales, la identidad y la agencia* (pp. 135-160). CLACSO; Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- Bourdieu, P. (1986). The forms of capital. En J. Richardson (ed.), *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education* (pp. 241-258). Westport, CT: Greenwood.
- Bourdieu, P. (1997). Tiempo, quiebre de expectativas y actitudes temporales. En *Meditaciones pascalianas* (pp. 275-316). Barcelona: Anagrama.
- Bruner, J. (1987). Life as narrative. *Social Research*, 54(1), 11- 32.
- Cravino, M. C. (2016). Desigualdad urbana, inseguridad y vida cotidiana en asentamientos informales del Área Metropolitana de Buenos Aires. *Etnografías Contemporáneas*, 2(3), 56-83.
- Dalle, P. (2016). *Movilidad social desde las clases populares: un estudio sociológico en el Área Metropolitana de Buenos Aires (1960-2013)*. CLACSO; Instituto de Investigaciones Gino Germani.

- Dalle, P. M. (2020). Movilidad social a través de tres generaciones: huellas de distintas corrientes migratorias. En R. Sautu, P. S. Boniolo, P. M. Dalle y R. G. Elbert (e ds.), *El análisis de clases sociales: pensando la movilidad social, la residencia, los lazos sociales, la identidad la agencia* (pp. 91–133). CLACSO .
- Devoto, F. (2003). *Apuntes para una historia de la sociedad argentina en el siglo XX*. Instituto Ravignani, Universidad de Buenos Aires.
- Espejo, A., Filgueira, F. y Rico, M. N. (2010). Familias latinoamericanas: organización del trabajo no remunerado y de cuidado. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Esping-Andersen, G. (2000). *Fundamentos sociales de las economías postindustriales*. Barcelona: Ariel.
- Germani, G. (1965). *Política y sociedad en una época de transición*. Paidó s.
- Germani, G. (1970/2010). La estratificación social y su evolución histórica en la Argentina. En G. Germani, *La sociedad en cuestión (antología)*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani/CLACSO.
- Hernández, D. y Anauati, V. (2024). *Monitor de barrios populares. Informe*. CIAS/FUNDAR
- Jaitman, L. y Scartascini, C. (2017). *Deporte para el desarrollo*. Banco Interamericano de Desarrollo.
- Krause, M. (2020). Auto-interpretaciones de las trayectorias de vida: proyectos y agencia. En R. Sautu, P. Boniolo, P. Dalle y R. Elbert (eds.), *El análisis de clases sociales: pensando la movilidad social, la residencia, los lazos sociales, la identidad y la agencia* (pp. 185-214). CLACSO; Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- Mathias, B. (2022). *Neighborhood Institutions and Well-being: Youth Perspectives from East Oakland*. Institute for the Study of Societal Issues, University of California, Berkeley.
- Merklen, D. (2010). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)* (2.ª ed.). Editorial Gorla.
- Murillo, M. V., Oliveros, V. y Zarazaga, R. (2021). The most vulnerable poor: Clientelism among slum dwellers. *Studies in Comparative International Development*, 56(3), 343- 363.
- Ortner, S. B. (1991). *Narrativity in history, culture, and lives* (CRSO Working Paper No. 457. Center for Research on Social Organization, University of Michigan).

- Paredes, D., Carrascosa, J. y Lazarte, L. (2020). Lazos sociales: una mirada desde el análisis de clases sociales. En R. Sautu, P. Boniolo, P. Dalle y R. Elbert (e ds.), *El análisis de clases sociales: pensando la movilidad social, la residencia, los lazos sociales, la identidad y la agencia* (pp. 215-251). CLACSO; Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- Pastoriza, E. y Torre, J. C. (2019). *Mar del Plata: un sueño de los argentinos*. Buenos Aires: Edhasa.
- Salvia, A. (2008). *Jóvenes promesas. Trabajo, educación y exclusión social de jóvenes pobres en la Argentina*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Salvia, A. y De Grande, P. (2008). Segregación residencial socioeconómica y espacio social: deserción escolar de los jóvenes en el área metropolitana del Gran Buenos Aires. En A. Salvia (comp.), *Jóvenes promesas: trabajo, educación y exclusión social de jóvenes pobres en la Argentina* (pp. 61–88). Miño y Dávila.
- Sautu, R., Boniolo, P., Dalle, P., y Elbert, R. (e ds.). (2020). *El análisis de clases sociales: pensando la movilidad social, la residencia, los lazos sociales, la identidad y la agencia*. CLACSO; Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- Somers, M. R. (1994). The narrative constitution of identity: A relational and network approach. *Theory and Society*, 23, 605-649.
- Torre, J. C. (1995). Mar del Plata, una utopía argentina. *Punto de Vista*, (51), 23-24.
- Torre, J. C. (2024). A propósito del impulso igualitario en la sociabilidad política argentina En S. Pereyra, C. Smulovitz y M. Armelino (eds.), *Por qué leer a Juan Carlos Torre* (pp.333-345). Buenos Aires: Edhasa.
- Torre, J. C. (2025). Naidés es más que naidés: El impulso igualitario en la trayectoria de la sociedad argentina. *Prismas. Revista De Historia Intelectual*, 29(2), 143-165.
- Tuñón, I. (2008). Jóvenes en contexto de pobreza: el tránsito por la escuela y su efecto en la capacidad de pensar proyectos personales. En A. Salvia (comp.), *Jóvenes promesas: trabajo, educación y exclusión social de jóvenes pobres en la Argentina* (pp. 271- 284). Miño y Dávila.
- Wacquant, L., Slater, T. y Pereira, V. B. (2014). Territorial stigmatization in action. *Environment and Planning A: Economy and Space*, 46(6), 1270- 1280.
- Zarazaga, R. E. (2025). *Poverty Shaping Politics: Machine Parties and Their Unexpected Challengers*. Cambridge University Press.